

# La Victoria

SEMANARIO DE BÉJAR

FUNDADOR: DON SANTIAGO AGERO BROCHÍN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

REDACCIÓN: Puerta de Avila, 17, 2.º  
ADMINISTRACIÓN: Mayor de Reinoso, 14, comercio  
La correspondencia administrativa a la Administración, la demás a la Redacción.

ADVERTENCIA

No se devuelven los originales después de su publicación.  
Se dará noticia, si lo merecen, de las obras que se nos remitan.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN TODA ESPAÑA, un mes . . . . . 0'50 pesetas  
En id. id. trimestre . . . . . 1'50 >  
En id. id. un año . . . . . 6'00 >  
Pagando un año anticipado . . . . . 5'00 >

Precios de anuncios según tarifa.



PRIMER ANIVERSARIO

## DON SANTIAGO AGERO BROCHÍN

Doctor en Derecho Canónico y Licenciado en Sagrada Teología,

Fundador de "LA VICTORIA,"

falleció en Béjar el día 26 de diciembre de 1915

A LOS 56 AÑOS DE EDAD

habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad

D. E. P.

Redacción de "La Victoria"; su director es el don José M.º Santamera; hermano don Agero Brochín; hermana política doña Alicia Teixidor Sáenz; sobrinos, primos, tíos y otros parientes

*Ruegan a sus numerosos amigos se sirvan encomendar su alma a Dios Nuestro Señor.*

Las misas que se celebren el martes próximo en las parroquias de San Juan, Salvador y Santa María de esta ciudad y en el Colegio Salesiano, Asilo de Ancianos, Colegio de Ursulinas, Asilo de Huérfanas y Ermita del Castañar, serán aplicadas a su alma.

Por Nuncio de Su Santidad; los Emms. señores Cardenal Primado de Toledo y Arzobispo de Sevilla, y los Emms. señores Obispos de Salamanca, Avila, Madrid-Alcalá, Santander, Coria, Zamora y León han concedido 200 días de indulgencias los segundos en la forma acostumbrada.

Para honrar la memoria del insigne y castizo escritor, don Santiago Agero, fundador de nuestro semanario, en el aniversario de su fallecimiento, a continuación transcribimos el siguiente delicado y tierno artículo que publicó el 26 de diciembre de 1896, y el cual seguramente leerán con gusto nuestros amigos y suscriptores.

## APRENDAMOS

Cátedra de virtudes está instalada estos días en el humilde portalillo de Belén.

El aula es un establo, la tribuna un pesebre, el maestro un Infante que, si no enseña con la lengua y la palabra, alecciona mucho más elocuentemente con el ejemplo, con las obras y las acciones.

¡Y qué acciones, y qué obras, y qué ejemplos!

En la tierra jamás se presenciaron, y los hombres todos nunca tales, tan grandes, tan bellos y sublimes, los contemplaron, ni los vieron.

Ese Niño que, siendo Dios, descansa en pobres pajas, que Dueño y Señor del Universo, cubre su tierno cuerpecito con pobres aunque limpios y aseados pañales, que, pudiendo elegir y escoger como ninguno, tiene por madre una pobre doncella y quiere que aparezca ante el mundo como padre suyo, un pobre artesano, un obrero, ese Niño es un libro abierto donde todos podemos y debemos aprender grandes lecciones y recibir sublimes enseñanzas.

Vengan, pues, en primer término los ricos, los poderosos, los que disfrutan posición social alta y elevada, penetren en ese portal, acérquense a ese pesebre, contemplen a ese Niño, y aprendan a ser humildes, mansos, despreciadores de las riquezas, del poder y la posición social, bienes pequeños y deleznable en comparación de los bienes del alma, de la virtud, de la santidad y de las cosas del Cielo; aprendan a tener en nada lo que en sí es polvo y escoria y a usar de ello de modo que se conquistén la inmortalidad y la gloria, pero no precederas y mundanas, sino inmarcesibles y eternas.

Vengan también los pobres, los que padecen y sufren, y aprendan de ese Niño a ser resignados, a llevar con paciencia, con tranquilidad, con alegría sus trabajos; aprendan a conformarse con su estado y condición, a amar y a bendecir su escasez y su pobreza, que no son denigrantes, ni vergonzosas, ni rebajan, ni deprimen, sino ensalzan y engrandecen a los ojos de Dios, que quiso nacer pobre y morir en una cruz desnudo.

Y los que deseen obediencia, vengan también y vean a ese Niño obediente al mandato de su Eterno Padre para redimir al género humano, obediente cuando en el pesebre le dejan, obediente cuando en los brazos le toman... modelo perfecto de la obediencia más asombrosa.

Y los que anhelan pureza, modestia, sencillez, vengan también y vean si hay nada más puro, más modesto, más sencillo, más tierno y delicado que ese Niño divino.

De todas, de todas las virtudes tiene abierta cátedra estos días en el portal de Belén, en el pobre pesebre, desde donde, sin hablar, predica al mundo, ese Maestro soberano.

Y no solo en esa cátedra pueden aprenderse todas las virtudes, sino también la solución a todos los problemas que agitan a la sociedad presente, y que en vano se busca en las cátedras donde se sientan los maestros del error y la mentira.

Esa cuestión social tan pavorosa, ahí queda resuelta, fácil y sencillamente, al reunirse ante Cristo en un mismo sentimiento de adoración y de amor, reyes y pastores, al verse ante

ese Niño, las dos clases sociales, no odiándose, ni tratando de destruirse mutuamente, sino uniéndose por la fé y la caridad, y por ellas y en ellas armonizándose.

La ciencia de gobernar, que tan dislocada hoy se encuentra, y tan pocos éxitos alcanza, ahí puede conocer el porqué de sus fracasos, contemplando a esos tres reyes que vienen de lejanas tierras, con grandes trabajos, a costa de enormes sacrificios, para cumplir su deber primero de rendir homenaje de acatamiento y sumisión a ese Dios Niño, de quien toda autoridad procede, y para mostrarse ante todo observantes de sus órdenes y mandatos.

Y el pueblo, ese pueblo, tan traído y tan llevado, de quien tanto se habla, a quien tanto se adula y tan poco verdaderamente se ama, ese pueblo, de cuyo ateísmo, de cuya indiferencia religiosa, de cuya corrupción de costumbres, tanto partido se prometen sacar los que con todas sus fuerzas los procuran; ese pueblo, al que predicán libertad, igualdad, fraternidad y democracia tantos que con él de ningún modo las practican; ese pobre pueblo, ahí, en ese portalejo, en ese pesebre, en ese Niño tiene también la luz para todas sus dudas, el aliento en todos sus afanes, el consuelo en todas sus aflicciones, el remedio para todas sus necesidades.

Lleguémonos, pues, todos a ese Niño Dios, que por nosotros nace, y procuremos aprender de Él cuanto necesitamos.

El es camino, verdad y vida, ciertos y seguros.

Felices, temporal y eternamente, los que por Él vayan, a Él oigan y con Él vivan.

Los que de Él se aparten, los que a Él no escuchen, los que no vivan de su vida divina, pueblos y hombres, sociedades e individuos, miserablemente desgraciados.

SANTIAGO AGERO.

## IN MEMORIAM

El martes próximo, día 26, hará un año que pasó a mejor vida don Santiago Agero Brochín (q. d. D. g.); el que para nosotros fué padre amantísimo, hermano cariñoso, sabio preceptor, norte y guía seguro de nuestras acciones desde nuestra más tierna edad, el modelo incomparable que con férrea voluntad y entrañable amor guió nuestros pasos en el proceloso mar de la vida, aleccionándonos con su ejemplo, instruyéndonos con el caudal inagotable de conocimientos que su clara inteligencia atesoraba, modelando nuestro corazón a semejanza del suyo, que ardía en deseos de trabajar por la mayor gloria de Dios y de su benditísima Madre y de acendrado amor hacia sus hermanos pobres y desvalidos, y formando nuestro carácter en la lucha por la verdad, sin distinciones ni componendas de ningún género.

¡Cuán pronto pasa el tiempo!

Era ayer cuando le veíamos lleno de vida y de alientos emprender y seguir, con aquella voluntad de hierro que era la norma de su carácter, las más áridas y difíciles empresas, tanto más apetecidas por él cuanto mayores eran los obstáculos, que a su paso hubiera de encontrar y en mayor número los sinsabores y sacrificios, que para su consecución tuviera que realizar, siempre que con ellos consiguiera la mayor gloria de Dios y el bien espiritual y temporal de sus prójimos, ideales por los que, como todos nuestros lectores saben, denodadamente trabajó toda su meritoria vida.

Era ayer cuando con él compartíamos sus legítimos triunfos, alcanzados por su propio esfuerzo y con su clarísima inteligencia, que irradiaba destellos de vivísima luz, en el Seminario Pontificio de Salamanca.

Era ayer cuando, terminada su bri-

llantísima carrera eclesiástica y no atreviéndose a recibir la ordenación sagrada por no considerarse digno de la alta dignidad del sacerdoté, a pesar de las paternales insinuaciones del santo y sabio Obispo de Plasencia don Pedro Casas y Soto, de grata memoria, que le destinaba para explicar una cátedra en el Seminario Placentino, para lo cual poseía excepcionales aptitudes, se dedicó, con todo el entusiasmo y el ardor de la edad viril, con toda la energía de que era capaz su carácter íntegro y con todo el entrañable amor que hacía Dios y al prójimo atesoraba su bondadoso y tierno corazón, a sostener y propagar esos dos ideales de que antes hablamos, «la gloria de Dios, el bien espiritual, y la añadidura del temporal, de nuestros prójimos: he aquí el deseo ardiente, el anhelo vivísimo de nuestra vida,» como él decía en un hermoso artículo que publicó en LA VICTORIA.

Fué ayer, sí, cuando presenciáramos las amargas pruebas porque tuvo que pasar aquel gran corazón, mal comprendido y peor apreciado, que era todo para todos, y a quien la envidia o acaso la mala fé de quienes solo le debían beneficios, tachó de dominador, de absoluto, de intransigente en todo, procurando presentarle ante respetabilísimas personas como el único obstáculo, la sola barrera que se oponía al desarrollo e incremento de ciertas y determinadas obras católico-sociales, porque no se doblegaba al capricho o a la voluntad de los que no estaban conformes con la dirección que a las mismas imprimiera, o con su personalidad como director.

¡Ah! ¡qué amargas quejas exhalaba en la intimidad su lacerado corazón, herido precisamente en lo que más amaba, qué noches de insomnio tuvo que sufrir, cómo vibraron con honda tristeza las más delicadas fibras de su grande alma, al ver cómo se empequeñecían con fines bastardos las que él consideraba, y en realidad lo son, trascendentales obras de regeneración católica y social, y a las cuales quería y amaba como a las niñas de sus ojos, siempre dispuesto a sacrificarse, como se sacrificó, por su prosperidad y desarrollo!

Dios, él, algún íntimo amigo y nosotros, sabemos las titánicas luchas que en aquella ocasión tuvo que sostener consigo mismo para no desfallecer de pena y amargura, y de las cuales salió triunfante, merced a sus profundas y arraigadas convicciones religiosas y a su amor sin límites a la Verdad increada, fruto natural de sus sinceras creencias y profundos estudios.

Su alma de niño hacía que juzgara a los demás por sí mismo; por eso, cuando su corazón rebosando amor a sus prójimos se desbordaba, haciendo por ellos los mayores sacrificios, y, en lugar de correspondencia a ese amor encontraba frialdad, desvío y, lo que es peor, ruda oposición y cruda guerra, de quienes menos podía esperar, su desencanto era grande y solo le sostenía en la lucha la confianza en el premio que pudiera obtener en la otra vida.

«Si yo esperara el premio aquí abajo —solía decir, y escribió alguna vez,— qué tonto sería en hacer lo que hago; pero todo lo doy por bien empleado, si de algún mérito me sirve para el otro mundo.»

Su caridad era tan inagotable, y su celo por la salvación de las almas tan ardiente, que se imponía los mayores sacrificios por socorrer las necesidades de su prójimo y por atraerle al buen camino. Siempre que algún extraviado solicitaba socorro de la Conferencia de San Vicente de Paúl, él se encargaba de visitarle para atraerle a la verdad, consiguiendo en la mayoría de los casos que muriera santamente el que en casi toda su vida se había preocupado de que existiera la Religión, sino era para escarnecerla.

En cierta ocasión solicitó ser socorrido un individuo que pocos meses antes había dicho delante de varios compañe-

ros: «ya me podía venir a mi don Santiago con el socorro de la Conferencia, antes que recibir un céntimo le pegaba un tiro.» Hay que advertir que era un buen cazador.

Pues bien, mi buen hermano se encargó de visitarlo, y fué tal el cariño con que le trató durante su enfermedad, tantas y tan continuadas las visitas que lo hizo, cuando sus amigos de francachelas le tenían abandonado, y se hizo amar de tal modo del pobre enfermo, que al aproximarse el trance supremo de la muerte y tener que hablarle de confesión, contestó inmediatamente: «con quien usted quiera, don Santiago», confesándose y recibiendo el Viático con vivas muestras de sincero arrepentimiento de su pasada vida; dándose el peregrino caso de que estando la escopeta del enfermo colgada en la pared, junto a la cama que ocupaba, y no pareciendo bien que allí permaneciera cuando iba a entrar en aquella pobre vivienda el Rey de reyes, al a descolgarla aquel don Santiago meses antes tan odiado, oyera del pobre moribundo estas palabras, dichas con el mayor cariño: «tenga usted cuidado, que tá cargada».

¡Cómo había de suponer aquel que quien estaba alcanzando la escopeta de cazador sabía, desde antes de visitarlo, que con el «pegarle un tiro, antes que limosna de sus manos!»

Pero, claro, le habían hecho a don Santiago, sin conocerle, le trató, y vió que era muy como se le habían pintado, todo el odio se convirtió en amor

¡Este fué el don Santiago llegó a comprender, como otros artículos que publicó manarío, y cuyas letras de la mayoría de sus paisanc

Como la anterior anécdota citar muchas.

Dispénsennos nuestros tores si nos hemos estendido de lo que deberíamos, habtro muy querido hermano intenso cariño que le prestó el primer homenaje, que es justo, al hombre sabio medio de las más rud los obstáculos que se opusieron, supo sie tegral en sus convi hiesta la bandera; claudicaciones n frecuentes en la siempre por norte la mayor gloria su pueblo, por sin descanso enfermedad c

Hace un año su alma, piá gozando de desaparecida tu vivé en su alienta y nos nuemos.

¡Descanse todo un ca amigos y adv zón compas ficó por su q lo los movin prójimo, y F el premio a sus merito la paz y no hable la vic rogar por l «lugar de t nada y la c

La Acción

Ya han obras que Teatro Cer celebrará p de la Acci.